

Jesús Urceloy

VISIBLES E INVISIBLES

44 poetas españoles nacidos entre 1937 y 1980
FALSA ANTOLOGÍA DE AUTORES VERDADEROS

Prólogo de:

ÁLVARO MUÑOZ ROBLDANO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°48—

MADRID • MMXV

De la obra © JESÚS URCELOY

Del prólogo © ÁLVARO MUÑOZ ROBLEDANO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta: © Everett Collection

Fotografía del autor en solapa: © Daniel Mordzinski

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Octubre 2015

I.S.B.N: 978-84-944036-9-9

Depósito legal: M-32315-2015

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

PALABRAS PRELIMINARES

Los poemas de este libro están escritos con amor y con respeto. Es un poemario de amigos poetas. Y es un homenaje a todos. Con todos quiero y en todos pretendo reconocerme un poco. Los poemas están escritos a veces siguiendo el estilo de cada uno o según los temas y modos con los que trabajan, incluso unos pocos sólo pensando en cómo escribirían —aunque no lo practiquen— por ejemplo, un soneto. Por lo tanto es un homenaje que quiero rendirles porque entre todos hacen que mi vida merezca algo la pena.

Faltan muchos nombres, soy un poeta de escritura cada vez más lenta. Pido por lo tanto disculpas a los poetas amigos que no se vean entre los elegidos. Si el tiempo lo permite prometo enmendarme.

Como es natural es un libro que ha ido tomando forma muy lentamente. Hace muy poco lo presenté a un premio importante de poesía y resultó, junto con otros poemarios, finalista. Lo malo es que entre los finalistas no estaba el ganador. El ganador lo llevaba el presidente del jurado en su carpeta desde mucho antes de convocarse el premio, saltándose incluso al jurado que hizo la preselección. Esta actitud me pareció muy triste, aun

más cuando en la prensa ese señor se justificó alegando que su decisión era algo normal entre los jurados literarios. Y ejemplo de nuestra decadencia moral, supongo.

He ordenado los poemas según el año de nacimiento de cada autor homenajeado, y en caso de haber varios así, alfabéticamente. Al libro lo he titulado «Visibles e Invisibles» porque además de poetas muy reconocidos he incluido a otros que no figuran en las columnas de los críticos y en los libros de los antólogos. Según mi criterio son poetas excelentes y no se merecen un gramo más de olvido. Me he permitido al final hacer un pequeño índice de autores con su fecha de nacimiento y los títulos de unos pocos de sus libros que considero necesarios.

Me hubiera gustado que en esta falsa aunque verdadera antología todos los poetas estuviesen vivos. No ha podido ser. Mi querido Félix Grande, con quien he compartido buenas tertulias y algunas amenísimas sobremesas, precisamente el primero en el índice de este poemario, nos ha dejado recientemente. Sin él somos un poco más huérfanos y también, por su palabra y su bondad infinitas, un poco más sabios. Quiero, por lo tanto, dedicarle a él este libro.

JESÚS URCELOY, otoño de 2015

JESÚS URCELOY SE ASOMA A LA TERRAZA,
ENCIENDE UN CIGARRILLO Y CONTEMPLA
UNA CIUDAD HECHA DE NOMBRES

Ya vamos peinando canas los que aún conservamos algo de pelo; ya empezamos a estar de vuelta, sin que seamos capaces de discernir desde dónde volvemos; ya vamos quedando para sopitas y buen vino, aunque nos expolien el presupuesto que para ello pudiéramos guardar. En fin, que ya vamos teniendo una edad, pero la edad que arrastramos dejó de tener importancia hace mucho. De hecho, creo que nos quedamos anclados en el momento en que leímos el primer poema, el verdadero primer poema de nuestra pequeña historia. Somos adolescentes; debemos serlo a toda costa, permanecer en ese estado de asombro, de ineficacia, de miedo, de risa sin motivo, de excitación permanente, de gula y contricción, de insomnio. Y no me refiero a los poetas, sino a cualquiera que quiera ser tenido plenamente por hombre.

Aquí está Jesús Urceloy, cincuenta y un años y señas de identificación irrelevantes. Quizás duerma mal; puede que no pegue ojo en toda la noche y que la pase deambulando entre sus libros y el ansia de que llegue la hora en que sea posible escuchar a Mahler sin protestas vecinales

ni visitas de la fuerza pública; pero resulta más verosímil imaginarlo sentado frente a su ordenador, demorándose minutos y más minutos sin encenderlo, contemplando el reflejo de su rostro en la pantalla negra, al acecho de la sonrisa que le indique que ha llegado el momento de encender, abrir el archivo pertinente y teclear. Teclear, tal vez, esa misma sonrisa, con rima o en verso blanco, en palabra o en trazo quebrado y significativo. ¿Qué cómo es la sonrisa de Urceloy? Tiene algo de burla contenida, por supuesto, y algo de ternura, obviamente, pero lleva consigo mucho más: la elegancia propia de quien decide ignorar cuanto sabe sólo por el placer de volver a descubrirlo; la valentía del que abre la puerta de su casa para que entren quienes lo deseen, incluso quienes no saben si desean entrar; la tranquilidad de quien pierde el alma todos los días y la encuentra al anochecer, también cuando no la encuentra; la socarronería del que ama sin horarios, la timidez del que cumple con su trabajo y derrocha su ocio. Sí, la sonrisa de Urceloy es una perfecta sonrisa de hombre. Nunca ha confesado cuál fue el poema que detuvo su reloj, pero sospecho que está entre Espronceda y León Felipe. Del primero, atrapó la consciencia del que escribe, la distancia, el arte del gesto, el guiño malintencionado; del segundo, la imposibilidad de no ser en todo momento el que está enfrente, el que camina a lo lejos, las iniciales en una noticia del diario, el dependiente tras el escape en el que no se detiene. La empatía de Urceloy no es

un rasgo de su carácter; es una necesidad. Por eso escribe, porque no concibe otra manera de ser que siendo permanentemente cualquier otro; porque se la traen al fresco todas las convenciones y todas las preceptivas si no son un diálogo; porque si necesita viajar es para comprender que la esquina de su calle cambia constantemente, que los parques no tienen continuidad sino sobresaltos de frondas y perros, que los bares acumulan recuerdos en la barra hasta que algún cretino pasa el trapo y hace una foto con el teléfono. Escribe, en fin, porque todavía no ha concluido aquella primera conversación de su adolescencia, en la que permanece firme, gruñón y cachondo. Escribe para convocar a todos sus interlocutores, a todos los extraños, a todos los personajes de ficción.

Ahora se le ha ocurrido escribirnos a unos cuantos. Viene de lejos, por supuesto, que estas cuestiones no se solventan en un par de horas, ni siquiera en una noche de insomnio, ni siquiera del insomnio de Urceloy. De los poemas que forman este libro hemos ido teniendo noticias a lo largo de los años, versos sueltos tras una cena, con una cerveza a primera hora de la mañana, en su terraza sumidos en el calor más desesperante o de madrugada, a los pies del edificio España, de madrugada y lloviendo a dar dios agua. Qué más da la situación. Los poetas nada sabemos del frío, ni del sueño, ni del sudor, ni de la prisa. Lo mismo que cualquier otra persona. El poeta Urceloy sólo sabe atrapar tiempo, licuarlo y beberlo

desafortadamente. Y a ello nos ha invitado desde siempre a todos cuantos hemos tropezado con él, cada uno de una manera, cada uno en el momento preciso, cada uno con todo el amor. Hace más de cinco años que dejó de fumar, pero hoy lo traigo a esta página sacando un Pall-Mall sin filtro de su paquete rojo, encendiéndolo con un mechero de gasolina tan semejante a los que gastaban nuestros padres, y dejándolo entre los labios, de manera que el humo le hacía entrecerrar los ojos como si el rostro que se le enfrentaba fuese una escritura antigua, extraña y apasionante. En la mesa, un vaso de cerveza mediado, con toda su espuma, sabroso, paciente y perverso. Así es la vera efigie que guardo del momento en que lo conocí. Desde entonces, se han sucedido lecturas, confidencias, discusiones, abrazos, libros prestados y devueltos, libros robados, sonatas de Beethoven y canciones de Stevie Wonder o temas de Tangerine Dream, recordando una y otra vez, la gloriosa jornada en que tampoco conocimos a T. S. Eliot, compartiendo el uno con el otro el desaliento y la redención que supone una novia.

Somos cuarenta y cuatro poetas los escritos por Urceloy en esta ocasión. Porque nos ha escrito. No son versiones, ni son ejercicios de estilo o imitación, ni memoranzas de ocasiones pretéritas (sí, se puede ser aún más fatuo), ni análisis elegantes y pormenorizados de textos, ni indiscreciones. Eso se lo deja a los escritores al uso, tan especializados en perder el tiempo y hacérselo

perder a los demás. Un poema sólo es tal cuando es leído (mucho mejor si es escuchado), con la voz precisa, con su ritmo (mucho mejor si se esconde), con su oportunidad siempre perdida. Y Urceloy nos ha escrito en poemas que no sabíamos que teníamos en los bolsillos, poemas que balbuceábamos por teléfono cuando hablábamos de otra cosa; poemas, en fin, que alguien, digamos un adolescente terrible, tierno y burlón, supo entrever y rescatar de nuestra madurez de hombres hechos y ya peinando canas, de vuelta y a la espera de la sopita. Ser un poema escrito por Urceloy me parece una de las mejores maneras de estar en la poesía. Desde luego, la más viva.

Por cierto, habrá quien piense que la inclusión de mi nombre en estos poemas invalida la pertinencia de esta nota. No se engañe, para determinar que este prólogo sobra al frente de este libro basta con leerlo. Mientras que lo escribía no ha dejado de asaltarme la certeza de que prologar un poema de Urceloy es una insensatez semejante a limpiar el agua o perfumar una piel. Mientras, Urceloy se dedica, poema tras poema, a asaltar los cielos, lo que resulta pertinente, decente y necesario.

Es decir...

ÁLVARO MUÑOZ ROBLEDANO,
en Madrid, en julio y en 2015

editorial Cuadernos del Laberinto

Visibles e invisibles

editorial Cuadernos del Laberinto

editorial Cuadernos del Laberinto

Cita de entrada

My friend and I are one.

William Shakespeare, *sonet XLII*

editorial Cuadernos del Laberinto

editorial Cuadernos del Laberinto

FÉLIX GRANDE se baila el mundo

La levedad no sabe de conciencias.

Crecen aéreos minerales
y en su tallo se olvidan
revoluciones, claves
que en nada comprometen a la boca.

No me hables,
deja tu casa,
lleva tus sueños a otra parte,
con esa fértil cesta
de la ropa que usaste.

El mundo se deshace humildemente.

Todo es paisaje.

editorial Cuadernos del Laberinto

JAVIER LOSTALÉ contempla la claridad

Dadme la enemistad y los hoteles,
los turbios giros de las primaveras
y toda la verdad de sus burdeles,

dadme un punto de giro, enredaderas
que al corazón obliguen a una oscura
noche sin fin, y un tiempo sin esperas.

Dadme también el llanto y la insegura
redención por la sangre que conviene
a los pueblos sin odio, la escritura

del que se aleja y viene
del beso a la certeza
que una sonrisa tiene

con sus razones huecas, la entereza
con que los libros póstumos se hacinan
y el discreto calor de una cerveza,

los pasos de los árboles que afinan
su copa al caminar contra corriente,
y un despertar valiente
cuando las rosas por amor se inclinan.

**ÁNGEL GUINDA reflexiona sobre unos versos
de Sulpicio de Cartago acerca
de la muerte de Virgilio**

*Iusserat haec rapidis aboleri carmina flaminis,
Virgilius, Phrygium quae cecinere ducem.*

De nada valen estos versos, sean
de *Sulpicio* o anónimos En nada
y sobre nada fueron concebidos.

Sólo les vale un simple acento en sexta,
la torpeza engañosa de su trama
y que los *Queen* cantaban *Who needs you*
mientras eran escritos. Lo demás
es tu lectura, afortunado, loco.

Nada importa, lector: su inútil queja
ni la pequeña historia de este engaño.
Arrójalos al fuego. Todo es humo.

ANA ROSSETTI recuerda las leyes de la gravitación universal

Los hombres de mi urbanización
son fuertes, hablan poco, ríen
a carcajadas.

Los imagino griegos y valientes.

No escriben, follan poco, tal vez menos,
mucho menos que yo, juegan al pádel,
ganan torneos.

editorial Cuadernos del Laberinto

**ENRIQUE GRACIA TRINIDAD se decide
por el estilo crol**

Me gustan tus talones —y tumbada
boca abajo— tus piernas, tus tobillos,
tu espalda, cada poro
en tu piel. Esa avispa que te acecha,
el agua que resbala
por tu pierna desnuda. El trampolín.
Tus ojos entregados,
tus ojos entreamados,
tus ojos que me ahorcan.

Chica rubia estupenda estereotipo,
el tipo que te observa
se zambulle.

editorial Cuadernos del Laberinto